

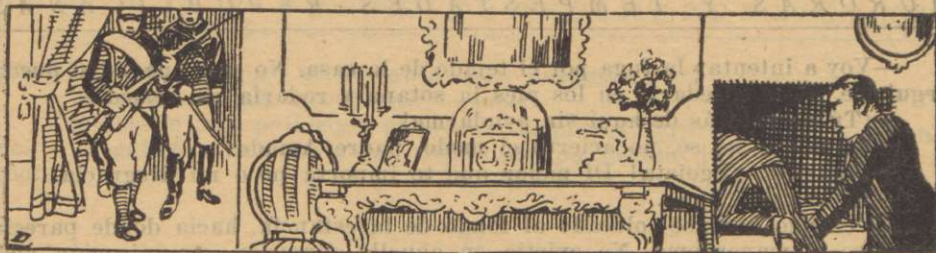
AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA

BAJO LAS GARRAS

DEL DESPOTISMO





CAPITULO IX

ODIO A MUERTE

I: OBLIGADA GENEROSIDAD.—II: PROFECIA.—III: ORDEN CRIMINAL.

IV: LA MARQUESA.

I

OBLIGADA GENEROSIDAD

—Por ahora todo marcha como sobre ruedas. Recio ha caído por fin y en esta ocasión será muy difícil que pueda otra vez campar por sus respetos... Pensándolo bien acabo de hacerle un verdadero favor a la República...

Así reflexionaba el padre Amador minutos después que Pedro y el general Tassara habían salido presos del gabinete.

A punto estaba de separar la roja cortina, cuando una súbita idea le dejó con los pies clavados sobre la alfombra.

—Esta sotana acaso será un endiablado inconveniente para escapar. Quién sabe si la casa está vigilada.

Rerocedió el padre Amador francamente alarmado y aunque sabía que sus pesquisas habían de ser inútiles, paseó sus pupilas por el limitado recinto.

Advirtió que sus manos, cruzadas sobre la espalda, estremecidas estaban por la inquietud y para mejor dominarla a sentarse fué sobre una butaca.

—¡En fin!—se dijo—. Será preciso arrostrarlo todo, exponiéndome lo menos posible. Gonzalo habrá sido el único que haya sacado un fruto positivo y agradable. Procuraré cobrarlo y entre tanto esperaré.

Ya se disponía el padre Amador a tomar mejor postura en su butaca, cuando en el aposento inmediato resonaron blanda y apresuradamente algunos pasos. Francamente asustado, se alzó, esperando haber caído irremediablemente en el lazo, pero hubo de tranquilizarse al descubrir al mayordomo.

—¿Qué hace usted aquí, padre Amador?

—Esperaba. Temí salir y me pareció prudente aguardar algunas horas.

—No haga tal cosa si no quiere seguir la triste suerte de mi amo.

—¿Y qué cosa es la que no debo hacer?... ¿Salgo o me quedo?

—¡Ni lo uno ni lo otro! La puerta está vigilada y esperan la orden de registro por si encuentran pruebas escritas de la sublevación.

—¡Bah!... ¡No las tendría el general tan a la mano!

—Yo lo siento más por mí que por los papeles y usted debe sentirlo por la sotana.

—¡Bien! pero... ¿no puedes darme otra solución?

—Voy a intentar la fuga por el tejado de la casa. No creo que usted pueda seguirme. Se le enredaría en los pies la sotana y rodaría sin remedio.

—¡Tú no saldrás de aquí sin ayudarme!

—Si es que no sé, no acierto el modo, padre Amador.

—¡Imbécil! ¡Egoísta! Di mejor que te importa poco mi desgracia.

—Le aseguro que...

El clérigo habíase colocado al fondo de la estancia, hacia donde parecía dirigirse el mayordomo. No existía en aquella dirección comunicación visible, pero algún secreto guardaría el edificio cuando el fugitivo hacia allí se dirigía tan resueltamente.

Cuando le hubo cortado el paso pronunció el clérigo:

—Ahora ya sabes la situación. O me ayudas o si por tu culpa llegan a detenerme tú vendrás conmigo a la cuerda.

—¡No!... ¡Eso no! Antes sería capaz de suicidarme.

—¡Cobarde!

El mayordomo, acaso sin escuchar el insulto, había quedado pensativo. Imaginaba el modo de complacer a su comprometido compañero.

Súbitamente dirigióse a un cerrado armario que aparecía ocupando uno de los testers del aposento y abriólo rápidamente.

—Esta es la ropa del general. Vístase si puede alguno de sus trajes. De otro modo no hay solución posible.

Apenas el criado terminó de pronunciar estas palabras, cuando de lejos vino el ruido de algunos fusiles golpeando furiosamente la puerta del piso.

—¿Son ellos?—interrogó el clérigo, a tiempo que una súbita palidez invadía su rostro.

—Ellos son. Cerré bien la puerta para ganar tiempo, pero acabaron derribándola. No podemos perder un segundo.

El padre Amador se arrancó rápido la sotana y comenzó a vestirse la ropa seglar ofrecida. Mal abotonada y peor ceñida estaba a su cuerpo, cuando avanzó siguiendo los pasos del mayordomo. Este habíase acercado a una consola sobre la que descansaba, adherido a ella, un gran espejo y difícilmente logró correr el mueble sin despegarlo del muro. Luego apretó un oculto resorte y una pequeña puerta abrióse sin ruido en el mismo instante en que un grupo de soldados penetraba en la estancia. El oculto resorte volvió a funcionar y las bayonetas claváronse en la uniformidad del muro que protegía la fuga de los dos hombres.

Halláronse por fin en pleno tejado del edificio. El clérigo apenas se atrevía a moverse, temiendo rodar de un instante a otro. Quiso aprehender con una de sus manos uno de los brazos del mayordomo, pero éste lo evitó.

—No me toque. El remedio sería peor que la enfermedad...

—¿Hacia dónde vamos?

—Sígame sin detenerse. Pretenderán llegar hasta aquí y si lo consiguen no habrá quien nos salve.

Lentamente, porque de otro modo el pánico no se lo consentía, el padre Amador obedecía la orden y a poco de avanzar descubrió la copa de unos altos pinos cuyo ramaje rozaba uno de los muros del edificio.

—¿Hay que bajar por ahí?

—En efecto. Muy finas son las manos de usted para intentarlo. Menos mal que pesa poco y cualquier rama le servirá para sostenerse.

A los pocos minutos el mayordomo había ganado tierra firme y al pie del árbol que les había servido para la fuga conversaba con alguien que parecía esperarlos.

El clérigo detúvose un instante en el descenso.

—¿Acaso nos han descubierto?—pensó.

Tal idea le hizo palidecer, pero como la postura era incómoda y sus manos se negaban a sostenerle por mucho tiempo, decidió jugar el todo por el todo.

II

PROFECIAS

Aterrado quizás por aquel insospechado encuentro, desde la altura no pudo reconocer el padre Amador a quien le aguardaba.

—¡Tomás!—exclamó al fin.

—Sabía que no existía otro modo de escapar y esperé que llegara.

—¡Apenas puedo sostenerme!

—Pues ha de tomar alientos porque yo no tengo fuerzas para llevarle en brazos.

—¿Dónde nos hallamos?

—En un lugar bastante comprometido y a muy pocos pasos de los que le persiguen.

—Pero... entonces...

—Tranquílcese. El mayordomo del general ha desaparecido y por el mismo sitio desapareceremos nosotros.

—Temo que al llegar a la calle puedan reconocerme.

—No se asuste. Tan mal le sienta la ropa de Tassara que nadie acertará, por fortuna.

—Vamos, pues...

—¡Por aquí!

Tomás dirigióse a una de las paredes que limitaban el pequeño y abandonado jardín y levantando algunos ladrillos dejó el espacio suficiente para salir a rastras de la ratonera.

Ya en la calle y a bastante distancia de la casa del sublevado, el clérigo y Tomás se detuvieron. Mejor dicho, detúvose el padre Amador y su cómplice hubo de hacerlo forzosamente para no abandonarle.

—¡Vamos! ¿Qué espera? Todavía estamos demasiado cerca...

—Apenas puedo respirar. Quiero que me acompañes a casa. Necesito descansar allí algunas horas.

—Mejor es que lo haga usted en otra parte, porque ocurren novedades de mucha gravedad.

—¿Ha logrado escaparse Recio?

—No, señor. A estas horas debe estar bien amarrado esperando la noche para emprender el viaje.

—Entonces nada puede impedirme mi deseo.

—¿Ni siquiera el señorito Gonzalo?

—¡Bah! Seguramente a estas horas no necesita de nosotros—replicó el padre Amador a tiempo que dejaba subir a sus labios una leve y pícaro sonrisa.

Tomás guardó un instante de silencio. Estaba preocupado y exclamó por fin:

—Quizás tenga usted razón, pero no por la causa que se figura.

—¿Qué dices?

—El señorito Gonzaló está gravemente herido si a estas horas no le han cerrado los ojos para siempre.

—¿En la calle del Clavel o en casa de Pedro?

—En el palacio de su padre.

—Entonces ...¿Carmen?

—Escapó de sus manos.

—Pero... ¡Explicáte!

—Vamos andando, que tiempo tendrá usted de saberlo todo. Los sucesos de todas clases y todos desagradables para nosotros, van sucediéndose con rapidez extraordinaria.

—¡Mala suerte!

—Figueras ha dimitido.

—Lo esperaba.

—Además ha desaparecido de Madrid...

—¿Y qué sucede entonces?

—¡Pi y Margall!...

—Dios nos asista. Ese será seguramente peor que el primero.

—Para mí que anda usted equivocado. ¡Resultará infinitamente mejor!

—¡Es un impío! ¡Un intransigente!

—Precisamente por eso será mejor para nosotros.

—¿Esperas que cambie de casaca?

—Ni Dios lo quiera. No es hombre de esos y podemos estar tranquilos.

—Entonces...

—Cuanto más radical sea más apretará el tornillo y la descomposición de la República será un hecho, no ya dentro de algunos meses, sino de algunos días.

—¡Ilusiones!

—Realidades, padre Amador, muchos hay en el Congreso que de republicanos no tienen más que la etiqueta. nadie se entienda.

—Les conocerán el juego.

—¡Bah! ¡Qué poco conoce usted a la gente!

—Salmerón, Castelar..., Pi y Margall mismo no se dejarán engañar tan fácilmente.

—El entusiasmo no les deja ver la verdad. Para ellos todo el que vitorea a la República es republicano, y ya sabe usted que en muchos casos...

—Castelar es un hombre de gran talento.

—Castelar es un poeta, si usted no se enfada.

—¡Bien!... ¿Y qué?

—Que los poetas, padre Amador, viven en las nubes y es lógico que vi- viendo tan lejos no puedan enterarse de lo que sucede en la tierra.

—¡Acaso tengas razón!

—¡Que si la tengo! Ya verá usted a Pi y Margall dentro de muy poco salir con las manos en la cabeza.

Hallábase muy cerca del palacio del duque de Albaida y el padre Amador dió un poco de lado a sus preocupaciones políticas para pensar solamente en el heredero del título.

—La muerte de este muchacho sería lo peor que podría sucedernos. ¡Adiós fortuna y adiós todo mi trabajo para esclavizarla!

Pronto atravesaron el suntuoso zaguán y, minutos más arde, hallábase en el gabinete inmediato al dormitorio ocupado por el herido.

III

ORDEN CRIMINAL

Tomás, discretamente, habíase detenido en el umbral del aposento, mientras el padre Amador avanzaba hacia el amplio sillón ocupado por el viejo duque.

Este alzó los brazos al descubrirle.

—¿Se lo dijeron?

—Algo sé, señor duque, pero ignoro los detalles y, sobre todo, el motivo... de la desgracia.

—¡Horroroso, padre Amador! ¡Horrible! No debió usted abandonar a Gonzalo. Es demasiado impulsivo, valiente y resuelto, sin tener en cuenta que lucha frene a la canalla, que pelea con traillas de asesinos...

De haber sido otras las circunstancias el padre Amador hubiera dejado escapar una sonrisa. Muy al contrario, dibujó en sus labios un gesto de amarga resignación y pronunció levemente:

—Todas las grandes causas, señor duque han de tener sus mártires.

—¿Por qué le abandonó usted, padre Amador?

—El general Tassara necesitaba mi consejo.

—Que ha desatendido seguramente porque...

—¡Paciencia! ¡Dios sabrá lo mejor!

—¿Prendieron también a ese Pedro Recio?

—También... ¡Un desdichado!...

—Volvamos a Gonzalo, padre Amador. Usted no puede imaginarse lo sucedido.

—Impaciente estoy por conocerlo, señor duque.

—Le sorprendieron en plena calle y, atropellándole, casi arrastrando, le llevaron al convento de las monjas de Góngora, obligándole, ¡pásmese usted!, a colocar una bandera roja en el balcón principal del edificio.

—¿Y?...

—Ya puede usted suponer. Las balas llovieron sobre mi pobre hijo y cuando dos de mis criados pudieron recogerlo apenas daba señales de vida.

—¡Qué horror!

—Le hallaron doblado el cuerpo sobre la baranda. Todo él estaba ensangrentado y solamente un milagro podrá salvarle.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó en aquel instante una mujer que reclusa en uno de los ángulos del aposento había pasado desapercibida para el clérigo.

Este giró el rostro y exclamó sorprendido:

—¡Marquesa!

—No quise interrumpirle...

—Perdón. Vine y estoy tan preocupado que no pude descubrirla.

—Así estamos todos, padre Amador. ¡Es horrible! ¡Horrible!... Tan pronto supe lo sucedido abandoné a mis pobres y me trasladé a esta casa.

—Usted, como siempre, tan caritativa.

—¡Pobre de mí!... De algún modo hemos de buscar en la tierra el camino del cielo.

—Usted ya lo encontró, marquesa.

—Pero es preciso no abandonarlo.

El clérigo dió por terminado el diálogo insubstancial pronunciando:

—Voy a dejarles unos momentos. Experimento una verdadera impaciencia por ver a Gonzalo.

—Vaya, vaya... Quizás su presencia pueda reanimarle.

Y cuando el padre Amador se dirigía al dormitorio, Tomás avanzó tras él, atravesando el aposento, mientras se inclinaba en profundas y serviles reverencias.

Ya en la estancia inmediata, el padre Amador acercóse al herido y le tocó suavemente uno de los hombros.

El duquesito abrió los ojos. Sus pupilas expresaban una perfecta conciencia de su situación y por lo mismo una rabia oculta y reprimida.

Tomás habíase detenido a los pies de la cama y el padre Amador ocupó una butaca junto a la cabecera.

El heredero preguntó, sin perder un instante:

—¿Ha muerto Pedro Recio?

—Está preso y esta noche saldrá de Madrid deportado.

—Es preciso que muera. Hay que conseguirlo de cualquier modo y a cualquier precio.

—Si ya hemos conseguido sacarle de Madrid...

—Si no muere, volverá...

—Se le acusa de traidor a la República...

—No importa. Los suyos acabarán demostrando que no es cierto, y esto no debe suceder estando vivo. Además... Carmen...

—No sé qué ha sido al fin de esa muchacha.

—Tomás vino a decírmelo. Francamente, padre Amador, el aprendiz va resultando de mejor calidad que el maestro.

—¡Cuando tú lo dices!...

—Todavía tiene usted una doble ocasión para desquitarse de sus muchos fracasos.

—Ante todo sepamos cómo te hallas tú.

—¡Perfectamente!

—Exageras.

—Cuestión de pocos días. En estos casos o se muere en el mismo instante o la muerte pasa despreciándonos...

—Ojalá.

—Ahora óigame usted.

—Di.

—Carmen se halla en casa de Andrés... ¿Recuerda a ese pobre diablo?

—Perfectamente.

—Es preciso sacarla de allí.

—¿Y para qué? ¿Qué puede interesarte esa mujer por ahora?

—Ahora y siempre. Lo que deseo es que no se escape. Ahora sabemos la madriguera y quién sabe si mañana habrá desaparecido.

—Bien, pero... A la calle del Clavel sería muy expuesto...

—De ningún modo... Existe otro medio un poco difícil, pero si usted pone buena voluntad y yo... lo que sea necesario... no resultará imposible.

—¡Acaba!

—¿Qué le parece, padre Amador, si lográramos recluirla en las Comendadoras de Santiago?

—¡Imposible!

—¿Y en el Convento del Caballero de Gracia?

—Allí... de cierta manera y utilizando alguna buena influencia.

—Búsquela usted.

—Podríamos aprovechar una circunstancia.

—¿Cuál?

—Ya sabes que las monjitas del Caballero de Gracia andan pidiendo para el arreglo de la capilla... Toal es una miseria: dos o tres mil pesetas.

—Ofrezca usted cinco mil pero no las dé mientras Carmen no esté encerrada con la condición de sacarla de allí cuando nos convenga... Respecto a la vieja, a la madre de Andrés...

—¡Bah! No es un inconveniente. El hijo trabaja poco o nada y esa mujer recibe socorros de cierta congregación que en este caso podrá ayudarnos eficazmente.

—En sus manos lo dejo... Ahora hablemos de Pedro Recio.

—¿Todavía?

—Todavía. Hace falta eliminar a ese hombre y si puede ser sin escándalo mejor.

Tomás, que no había despegado los labios intervino humildemente en aquel instante.

—Si ustedes quieren darme su confianza yo podría liquidar ese asunto.

—¿Tú?—exclamó el clérigo volviendo sus ojos al sacristán—. ¿No sabes que esta noche salen deportados?

—Lo sé y pienso aprovechar la ocasión.

—¿De qué forma?

—Acompañándole en el viaje. En el campo y entre las sombras se pueden aprovechar todos los momentos.

—No se hable más—exclamó Gonzalo—. Entréguele a Tomás lo que necesite y que salga esta misma noche.

Tomás salió inmediatamente del dormitorio y más tarde del palacio. El padre Amador, después de golpear suavemente las manos del herido, trasladóse al gabinete y exclamó, dirigiéndose al viejo duque:

—¡Dios es justo! Gonzalo está fuera de peligro.

—¡Ay si usted no le hubiese abandonado!—gimió el viejo.

Habían llegado algunas visitas y el padre Amador aprovechó aquella circunstancia para acercarse a la marquesa. Esta exclamó interesada:

—¿Es verdad lo de Gonzalo?

—Y tan verdad. Todo quedará reducido a unos días de cama.

—Meses, querrá usted decir.

—Por lo menos ha pasado la muerte.

—¡Gracias a Dios!

El clérigo sentóse muy cerca de la marquesa y expresó:

—Ahora quisiera hablarla de un asunto reservado y de bastante importancia.

—Usted dirá.

—Tengo el dinero para las monjitas del Caballero de Gracia.

—¡Qué alegría!

—En efecto, pero...

Tan quedamente habló el padre Amador a partir de aquel instante, que no pudieron ser escuchadas sus palabras.

Solamente y al final del breve diálogo que sostuvo con la marquesa exclamó casi en voz alta:

—Por eso no se preocupe. La vieja está descartada. Le debe a usted demasiados favores para no caer en el lazo y respecto a la muchacha ya tomaré yo mis medidas para que no pueda resistir ni escaparse.

IV

¡LA MARQUESA!

Honda inquietud revela el semblante palidísimo de Carmen.

—¡Ay, señora Dolores!—exclama, dirigiéndose a la madre de Andrés—
¡Dios sabe si le habrán muerto! ¡Y siendo inocente! ¡Canallas!

—¡Cálmate!... Si algo malo hubiese sucedido Andrés habría vuelto. Ese hijo mío quiere mucho a Pedro y hará verdaderos milagros para salvarlo.

—¡Pero si no podrá, señora Dolores! A Pedro se lo llevaron entre bayonetas.

—¡No importa! Recio tiene las espaldas bien guardadas y quién sabe si dentro de pocos minutos aparecerá con Andrés por esa puerta.

—¡Ay, Dios mío!

—Paciencia, que todo se arreglará.

En aquel instante resonaron levemente algunos golpes en la puerta del cuarto.

—¡Ya están ahí!—exclamó la señora Dolores.

Carmen se alzó alarmada y retrocedió instintivamente.

—¡Mire antes de abrir!

—Ya lo hago, mujer...

Súbitamente la madre de Andrés dejó escapar una exclamación.

—¡Pero si es la marquesa!...

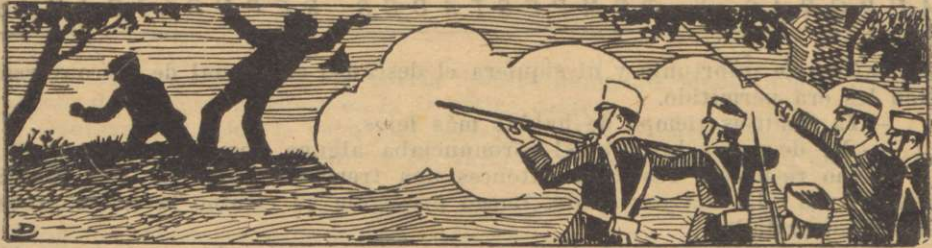
—¿Quién?

—Una señora bonísima. Bondadosa y caritativa como nadie. Viene con ella otra señora de la congregación.

—¿Y a qué vienen?

—Ya lo sabremos, mujer. ¡No te asustes!

La puerta quedó franca y las dos aristócratas penetraron lentamente en la pobre vivienda del obrero.



CAPITULO X

SACRIFICIO

I: NOCHE TRAGICA.—II: UN AMIGO INESPERADO.—III: EL FUGITIVO.
IV: ORDENES SUPERIORES.

I

NOCHE TRAGICA

Monte arriba caminaba la trailla de condenados.

Sordamente resonaban los pasos en la sombra. Los jefes de la expedición marchaban conversando y sus voces perdíanse en el rumor de maldiciones difícilmente contenidas, protestas rebeldemente expresadas y órdenes despóticas de algún sargento que todavía con pujos realistas golpeaba con la culata del fusil a los deportados.

Habíase negado a los detenidos toda clase de alimentos e incluso el agua les estaba vedada.

Más de una vez hubo de interrumpirse la marcha porque uno de los presos, abalanzándose rabiosamente sobre algún charco, apartaba la tierra para beber ávidamente el agua corrompida.

Los soldados de la escola, azuzados por los que los mandaban, hacían que reanudara la marcha el rezagado a fuerza de culatazos.

—¡Cobarde!

—¡Arrea! No rechistes porque me sobran algunas balas.

—Deja que beba. Estoy abrasado de sed y voy a caer para no levantarme.

—Lástima que no sea verdad.

—¡No me pegues!

—¡Aguántate, perro! ¿No queríais la República?... Pues tomadla, ya la tenéis. ¡Ay si pudiera uno hablar claro, ya te daría yo a ti lo tuyo y a todos los que son como tú.

—Si no llevara este grillete, hablaríamos.

Cuatro horas llevaban de marcha sin el más pequeño reposo y cuando alguno de los condenados solicitaba un descanso de algunos minutos, se le respondía invariablemente:

—¡Cuando amanezca! Ahora estamos todavía muy cerca de Madrid.

Apareados iban los prisioneros. Sujeta una de sus muñecas a otra del

compañero de infortunio y ni siquiera el descanso espiritual de la conversación les era permitido.

—Ya tendréis tiempo de hablar más lejos.

—¡Ni despegar los labios!—pronunciaba alguna voz.

Como respuesta resonaba entonces una tremenda bofetada. Una maldición y tras ella una carcajada. Luego proseguía su camino la triste procesión de derrotados.

Todos escucharon en la noche el siseo característico de una lechuza. Algunos de los que formaban la triste comitiva giraron el rostro hacia el lugar de donde procedía el rumor.

Un soldado andaluz exclamó, contrariado:

—¡Mala pata tenemos! Los carlistas deben andar cerca.

—¡Bruto!—replicó un compañero—. ¡Eso quisieran!

—Tú dirás lo que quieras, pero ese maldito bicho no anuncia nada bueno.

—Puede ser que nos hallemos cerca de algún cementerio.

—¡Pues arreando! ¡A los muertos hay que dejarlos tranquilos!

Uno de los condenados, Pedro Recio, había palidecido intensamente al escuchar el siseo de la lechuza. Su compañero de cadena lo advirtió y expresó, sonriendo desdeñosamente:

—¡Eres supersticioso!

—No es que lo sea, pero ...

—¿No puedes remediarlo, verdad?

—Sobre todo no tengo ganas de discutir. Camina y escúchame.

—¿Qué pasa?

—Más bajo, que no te oigan. He partido el grillete y voy a escaparme.

Tú quedarás libre también.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Aprovecharemos la primera ocasión.

Súbitamente y casi al final de la cuerda escuchóse un grito de dolor.

Uno de los prisioneros había resbalado y un sargento volvía a la cabeza de la expedición para comunicar la novedad.

Pedro Recio escuchó la parte verbal de la desgracia.

—Se ha roto la rodilla y no puede dar un paso.

El que mandaba la fuerza ordenó:

—Buscar unas ramas y llevarlo en angarillas.

—¿Y hemos de ir con el canario a pulso?

—¡No queda otro remedio!

—Le advierto, mi capitán, que se trata de un pobre diablo que no vale ni lo que costó bautizarlo.

—Arréglalo como quieras. Sobre todo no perdamos mucho tiempo.

El militar reanudó su conversación interrumpida. El sargento retrocedió y un minuto después partía el aire una detonación, mientras que el cadáver de un hombre rodaba monte abajo...

Pedro Recio murmuró sordamente:

—¡Canallas!

La columna se había detenido. Era el momento esperado. Andrés esperaba oculto el instante trágico y decisivo. Recio comprendió que tras la esperanza de aquella libertad problemática estaba la muerte casi segura. No lo pensó más. Obró en él la indignación más que el egoísmo personal. El grillete estaba casi cortado y bastaba un ligero tirón para partirlo.

—¡Prepárate!—dijo quedamente a su compañero.

—¡Preparado!

Un minuto después Recio corría desesperadamente monte abajo. Su compañero de grillete le seguía en la frenética carrera.

Habían advertido la fuga y el tableteo de los disparos llenaba el aire.

Apenas veían los soldados a los fugitivos cuyas siluetas iban desdibujándose en la sombra.

De pronto Pedro Recio escuchó a su espalda un grito de muerte. Su compañero de cadena cayó de bruces para no levantarse. Un proyectil le había partido el corazón. No podía detenerse nuestro valeroso protagonista. Corría débilmente orientado hacia el lugar donde Andrés esperaba. La nerviosidad de la carrera hizo avanzar más de lo necesario. Súbitamente escuchó la voz del amigo:

—¡Pedro!

—¿Tú?

—Echa el cuerpo a tierra y avanza arrastrando.

—Todavía están muy cerca.

—No importa. Haz lo que te digo. Disponemos de un escondrijo.

—¡Voy!

La figura de Pedro se perdió en la noche y un segundo después ambos compañeros estrechábanse las manos mudos por la suprema y trágica emoción.

El agujero no podía ser más reducido. Apenas si los dos obreros podían moverse. Alguna maleza servía providencialmente para cubrirlos.

Fuera, los disparos proseguían resonando y algunas órdenes veladas por la rabia partían el aire.

—¡Ha sido Pedro Recio!—gritaba el jefe de la columna—. ¡Vivo o muerto es preciso encontrarlo!

Descendieron algunos soldados monte abajo. Pedro escuchó los pasos que aceleradamente pateaban la tierra que les servía de cobijo. Pasaron algunos minutos, horas acaso de profunda incertidumbre. Luego cesaron los disparos. Los soldados regresaban lentamente.

—¿No está?

—¡No! Se lo habrá tragado el infierno.

Media hora después la columna reanudaba su marcha y Pedro y Andrés estrechábanse emocionados, silenciosos.

En aquellos instantes sus labios no hubiesen podido modular una sola palabra.

II

UN AMIGO INESPERADO

El nuevo día comenzaba a dejar en el obscuro cielo las primeras pinceladas de luz.

Pedro Recio, separando la maleza que ocultaba el estrecho escondrijo, intentó mirar hacia afuera.

—Espera—exclamó Andrés, deteniéndole—. ¿No tienes armas?

—¡No!

—¡Toma! Esa pistola la compré para ti. Es segura y trataremos de aprovechar bien los proyectiles.

—¿Hacia dónde vamos ahora?

—Antes de salir de aquí hemos de resolverlo.

—Yo quisiera regresar a Madrid.

—Ahora no es posible. Resultaría una temeridad y nada perdemos con esperar algunos días.

—¿Y Carmen?

—Déjala. Está con mi vieja.

—¿Y el otro?

—¡Bah! A ese ya lo pasaportaron para el otro mundo. Por ese lado nada tienes que temer.

Pedro Recio guardó silencio algunos segundos. La inquietud no le dejaba sosegar.

Un indiscreto rayo de sol había penetrado en el agujero alumbrando el pálido rostro del fugitivo.

Tras una larga pausa exclamó resuelto:

—Vámonos de aquí. Me falta aire para respirar.

—¿Y si nos sorprenden? Quién sabe si han dejado alguna vigilancia.

—Si nos sorprenden nos defenderemos. ¡Vamos!

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde sea. No faltará alguna venta donde ocultarnos. Aquí estamos en un cubil más propio de fieras que de hombres.

Andrés, ras unos instantes de vacilación, aceptó por fin.

—¡Vamos y suceda lo que quiera!

Pedro Recio fué el primero en salir del escondrijo y al realizarlo, un grito de sorpresa se escapó de sus labios.

Rápido exclamó, dirigiéndose a su compañero:

—¡No salgas!

Y mientras pronunciaba aquella frase, alzó la pistola en su mano derecha.

A pocos metros de la entrada al escondrijo dibujábase la figura de un oficial de cazadores que, no obstante haberle encañonado Recio sonreía tranquilo, alzados al aire los dos brazos. No llevaba armas acaso para dar mayor garantía al fugitivo y exclamó, sin que la voz temblara en sus labios:

—Deje de apuntarme, que no pretendo hacerle ningún daño.

—¿Qué aguarda entonces?—interrogó Recio nerviosamente, sin dejar de apuntarle.

—Hablar con usted unas palabras.

—¿Sabe quién soy?

—Lo sé. Pedro Recio, complicado injustamente en una sublevación carlista. Ahora salga sin cuidado y hablemos.

—Jure usted por su honor que no miente.

—Jurado está y ésta es mi mano.

Pedro no dudó. Había demasiada nobleza en la actitud, suficiente serenidad en la palabra.

A rastras acabó de salir el obrero de su escondrijo y ya en pie estrechó confiado la mano que le ofrecían.

Andrés, desconfiando aún, pero dispuesto a jugarse la vida si era preciso para defender a Recio, salió también del agujero y examinó interesado al oficial.

Hubo de extrañarle el número 30 que aparecía en el cuello del uniforme.

—No es de la guarnición de Madrid—pensó—. Veremos por dónde sale y qué pretende.

En esto el oficial había fijado en Andrés sus pupilas y preguntó a Recio:

—¿Acusado también?

—No. Compañero de comité y de trabajo y a quien desde ahora le debo la libertad y la vida.

- ¡Bien! Ahora, ¿quieren ustedes acompañarme?
 —¿Adónde?
 —A una venta próxima. Desde allí escuchamos el tiroteo, así como el nombre de usted y cuando la columna se alejó salí a buscarle.
 —Pero... ¿puedo saber quién es usted?
 —Oficial del regimiento de Iberia, de guarnición en Cartagena.
 —¿Sublevado entonces?
 —Sublevado contra el poder central y al servicio del cantón murciano.
 Pedro Recio quedó sin saber qué decir. Su rebeldía vacilaba. Tras una pausa, exclamó por fin:
 —¡Bueno!... Lo que yo deseo es saber por qué me ha buscado y qué quiere de mí.
 —Llevarle conmigo a la presencia de mi jefe, que desea saludarle.
 —¿Y quién es su jefe?
 —El coronel don Fernando Pernas y Castro.
 —Fué destinado al ejército del Norte.
 —Antes que la orden del gobierno atendió nuestros deseos y muy pronto mandará el regimiento de Iberia. Ahora ya lo sabe todo.
 Pedro tras una última vacilación, y arrastrado más que por otra cosa por su afán revolucionario, accedió por fin:
 —¡Vamos!
 Los tres hombres emprendieron la marcha.

III

EL FUGITIVO

- Muy cerca se hallaban del portal de la venta a donde se dirigían cuando el oficial exclamó, dirigiéndose a Recio:
 —No ha sido usted el único que ha logrado fugarse.
 —Ya lo sé. Era mi compañero de grillete, pero no pudo librarse de las balas. Todavía me parece escuchar el grito de angustia que lanzó al caer de bruces sobre las piedras.
 —He visto el cadáver, pero no quería referirme a ese desgraciado.
 —¿Acaso se ha fugado alguno más?
 —Sí. Después de alejarse la columna yo mismo le sorprendí en el monte.
 —¿Y dónde está?
 —En la venta. Apenas ha pronunciado algunas palabras. Usted seguramente debe conocerlo.
 —¡Sin duda!
 —Cuando escuchamos el nombre de usted pronunciado por el jefe de la columna, nos confirmó que se trataba, en efecto, de Pedro Recio.
 —Entonces no debía ir él entre los deportados.
 —Asegura que sí. Según él tuvo la suerte de fugarse porque mataron a su compañero de grillete y aprovechó la confusión de los primeros instantes.
 —¡Puede ser!
 Habían llegado al umbral de la venta y el oficial presentó a Recio a su compañero de fuga.
 Ni Pedro ni Andrés pudieron reconocerlo. El fugitivo era de carácter al-

go tímido y hallábase como asustado ante aquellas extraordinarias circunstancias.

Andrés le miró con bastante desconfianza, pero nada anormal pudo descubrir en el desconocido. Pedro Recio le interrogó:

—¿Sabes tú quién soy?

—Lo raro es que no me recuerdes.

—Así es. ¿Cómo te llamas?

—Germán. Soy cuñado del señor Severino.

—No sé...

—Para que te convenzas te diré que tanto Andrés como tú, debíais recordarme. La noche que te llevaste a Carmen yo salí protegiéndote hasta tu casa.

—¡Ah!

—Con el señor Severino llevé al duquesito a colocar la bandera roja en el convento.

Pedro avanzó un paso hacia el obrero.

—Y di... ¿qué pasó?

—¡Bah! ¿Qué había de pasar? Lo acribillaron a balazos. Bien caro ha pagado el capricho después de escapársele de las manos.

Recio alzó la mano en actitud de amenaza.

—¡Calla! ¡No hables aquí de caprichos porque soy capaz de partirte la cabeza.

—Lo dije sin mala fe.

—Ni con buena ni con mala. Ya lo sabes. A esa mujer no has de nombrarla.

—Bueno, hombre. ¡Ya lo sé!

A este punto había llegado el diálogo, cuando el coronel Pernas apareció en el umbral de su aposento.

Andrés y Pedro clavaron sus pupilas en la figura arrogante del militar y el obrero con quien Recio había dialogado quedó solo en la puerta de la venta.

Un momento después nuestro protagonista y el jefe del ejército rebelde al poder central de la República hallábanse en el interior de la reducida estancia ocupada en la venta por el segundo.

—Siéntese—invitó Pernas, señalando a Recio una silla.

—Gracias coronel. Anté todo deseo saber el motivo de esta entrevista.

—¿Motivo?... Muy sencillo. Creo que tengo el deber de protegerle.

—¿Protegerme?

—A grandes rasgos conozco la infame persecución de que ha sido usted víctima, de la que todavía lo es. No ignoro los sacrificios que ha realizado por la causa de la libertad y sé la cobardía y la crueldad con que cierto aristócrata ha pretendido...

—Le ruego que no prosiga. Estoy plenamente convencido de que nada ignora. Dejemos ese asunto...

—Dejémoslo si es su gusto.

—¿Qué pretende usted de mí? ¿Qué quiere?

—Salvarle. Llevarle conmigo. Darle la ocasión de que sus sacrificios no sean estériles. En Madrid la República está mediatizada, condenada desgraciadamente a un fracaso próximo.

—La República se salvará pese a quien pese.

—¡Noble entusiasmo!...

—Pi y Margall salvará a España.

—No habrá hombre que pueda resistir... Don Francisco fracasará hasta con la dictadura.

—Pi y Margall no es un dictador.

—Lo será dentro de unos días. ¡Me consta!

—¿Y usted?

—Desobedezca al poder central y sirva a la verdadera revolución. Venga usted con nosotros.

—¡Imposible! España sobre todo. Volveré a Madrid.

—Allí sólo puede esperarle la vergüenza y la muerte. El cantón alcanzará el triunfo.

—Una sublevación sepa...

—¡Alto! No debe usted juzgar tan ligeramente. Contamos con un gobierno organizado. Vea usted.

Y el coronel Pernas leyó con voz un poco trémula:

—Presidencia y Marina, don Juan Contreras; Guerra, Félix Ferrer; Gobernación, Alberto Araus; Ultramar, Antonio Gálvez; Fomento, Eduardo Romero; Hacienda, Alfredo Sauvalle y Estado y Justicia, Nicolás Calvo.

Luego y dejando la lista de Gobierno sobre la sencilla mesa de pino que los separaba, añadió lentamente:

—El gobierno de Madrid ha declarado buques piratas a las unidades de la escuadra unidas a la sublevación.

Era verdad. Pedro Recio imaginó que Pernas no podía engañarse respecto a su suerte. Volver era entregarse, morir y perderlo todo. Hasta la esperanza de conseguir aquella libertad tan suspirada. Dijérase que su frente dejaba conocer sus pensamientos por transparencia. Al menos debió revelarlos su rostro porque el militar insistió:

—¿Viene al fin?

—¡Iré!—expresó Recio resueltamente.

—No se hable más. Nos acompañarán dos oficiales del regimiento de Iberia. Tan pronto llegue la media noche saldremos hacia Cartagena.

Pedro Recio salió de la estancia. Iba triste, hundido el rostro sobre el pecho. Con razón podía colegirse que acaso una gran ilusión había muerto en su espíritu.

Andrés que esperaba, le sujetó por los brazos:

—¿Qué tienes? ¿Qué piensas?

—¡Nada! Debes volver a Madrid inmediatamente.

—¿Y abandonararte?

—¡Sí!

—¡Eso no! Iré donde tú vayas.

—¿Para qué? ¿No ves que un retroceso significaría la muerte? ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir para ella y para España! Además... si algún favor quieres hacerme, vuelve junto a Carmen, protégela. Dile que no estoy amenazado; que lucho y que triunfo, dile que la libertad será nuestra... ¡La libertad!

Y Pedro Recio, ahogado por la emoción de aquel instante, dejóse caer sobre una tosca silla y hundió desesperanzado el rostro entre las manos abiertas, mientras dos lágrimas rebeldes brotaban de sus ojos para abrasarle las mejillas.

Andrés le abrazó silencioso y una hora más tarde obedecía la decisión de su compañero.

IV

ORDENES SUPERIORES

Casi sin despegar los labios pasó nuestro protagonista, todo el día. A la conversación que intentaban iniciar los oficiales, oponía la barrera de su silencio. Atardecía cuando, guiado por el ventero penetró en reducida estancia. Se hallaba rendido y dirigióse hacia el sencillo lecho que le habían preparado. Allí debía esperar la orden de marcha.

Sobre la cama y en el muro encajado abríase un pequeño ventanal cuyos vidrios cristales atravesaba la luz difusamente.

Con un gesto de absoluta desesperanza. Pedro Recio dejóse caer sobre el miserable jergón de paja. Pronto cerraría la noche. El revolucionario sintió que se cerraban sus ojos y entonces sonrió satisfecho.

Sonaría; acaso con Carmen.

—Estaré cerca de ella. La veré. ¡Si no despertara nunca!

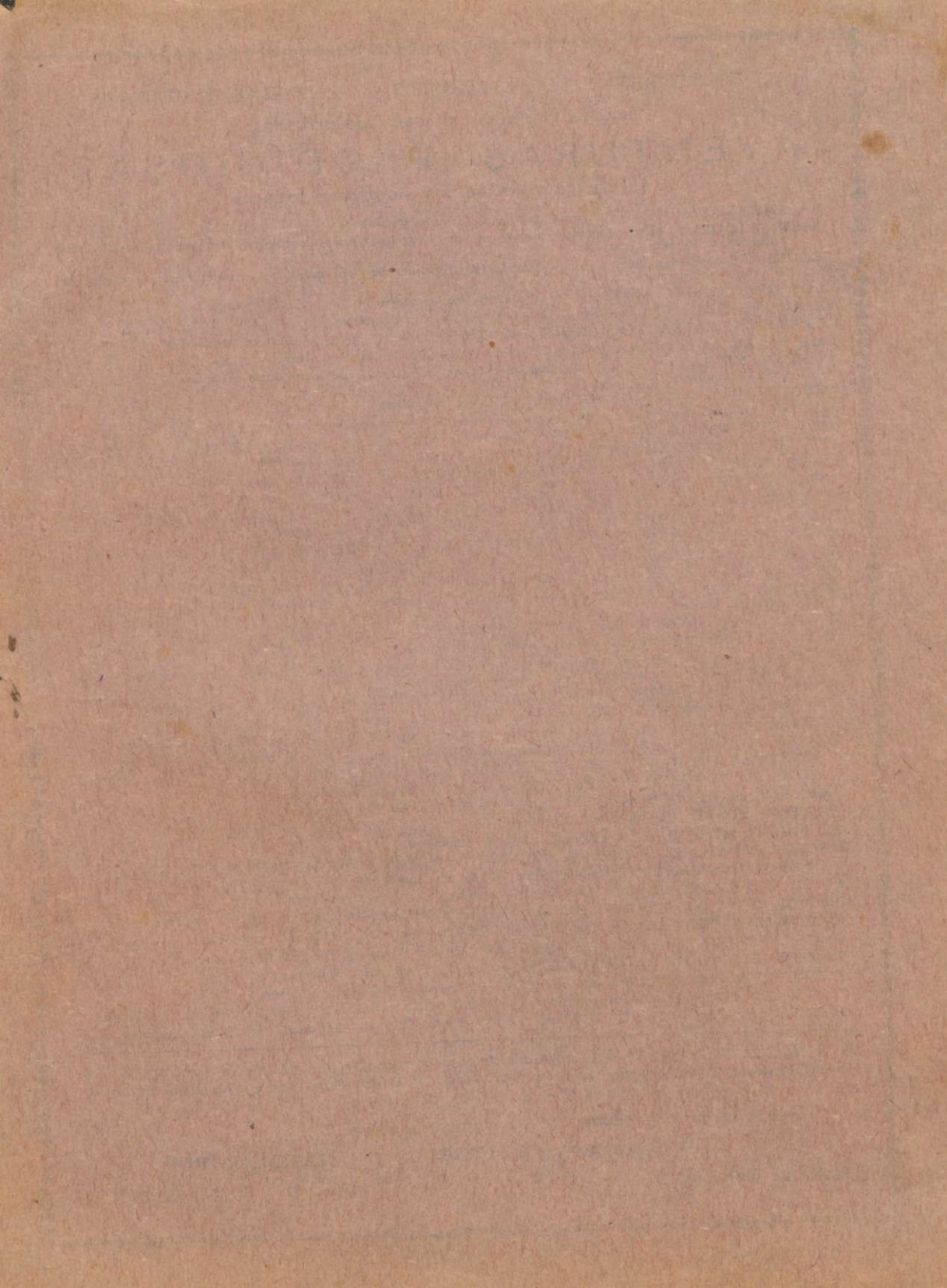
El silencio de la noche ha sido turbado por un rumor estridente y suave a un mismo tiempo. Alguien ha rajado el cristal de la ventana. El vidrio, hecho trizas, se ha estrellado después sobre las piedras. Recio abre los ojos. Observa unos instantes aturrido por el sueño y luego torna a cerrarlos.

Entonces, en el marco libre del ventanal se dibuja un rostro cuajado en diabólica expresión. Apenas puede vislumbrarse en la sombra. Lo delatan, sin embargo, las pupilas felinas que relucen como dos rubies, como dos gotas de sangre en el silencio.

El aparecido es Tomás, que horas antes había conversado cínicamente con Pedro Recio.

Lentamente alza la mano derecha. El cañón de una pistola se dirige hacia la frente de Pedro. Basta un ligero esfuerzo de la mano homicida para consumar el crimen.

Los deseos de Gonzalo iban a tener un trágico y exacto cumplimiento.



¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno
ROCK (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 centimos cuaderno.
NÉD, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORDELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PILDORITA, EL GOLFILO AVENTURERO.—16 cuad. a 10 cts. cuaderno.
TONI (Aventuras de un joven español en el país de los pieles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrépido y valeroso).—40 cuad., a 10 centimos cuaderno.
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FRED (Heroicas aventuras de un joven ahogado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE RIN-TIN-TIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DECKER DOW, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA